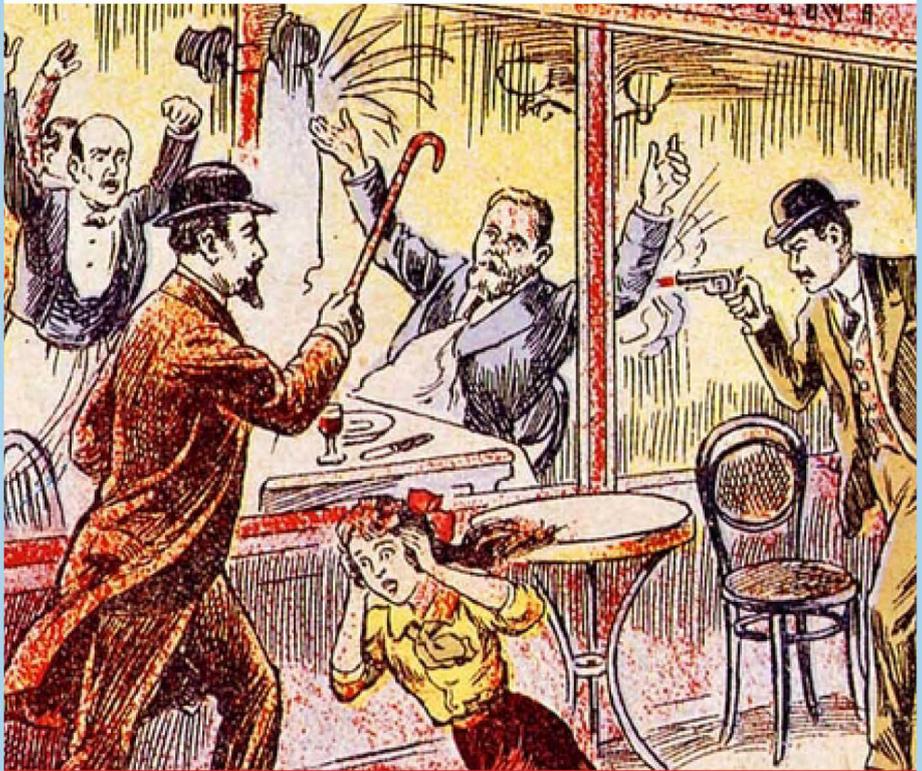


MARTÍ COLOM

Los cuadernos de Nadine



LA INCREÍBLE HISTORIA
DEL ASESINO DE JAURÈS



Los cuadernos de Nadine

COLECCIÓN
LITERADURA

Martí Colom

Los cuadernos de Nadine

Postfacio de Eduardo Gallarza



Primera edición: septiembre de 2022

© Martí Colom, 2022

© del postfacio: Eduardo Gallarza, 2022

© de la presente edición: Editorial Funambulista, 2022

c/ Flamenco, 26 - 28231 Las Rozas (Madrid)

www.funambulista.net

IBIC: FA

ISBN: 978-84-125219-3-1

Dep. Legal: M-19780-2022

Maquetación de interiores y cubierta: Gian Luca Luisi

Motivo de la cubierta: *El asesinato de Jean Jaurès*, ilustración de la época

Producción gráfica: Safekat

Impreso en España

«Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley.

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra (www.conlicencia.com; 91 702 19 70 / 93 272 04 47)»

Reservados todos los derechos. No se permite reproducir, almacenar en sistemas de recuperación de la información ni transmitir parte alguna de esta publicación, cualquiera que sea el medio empleado —electrónico, mecánico, fotocopia, grabación, etc.— sin el permiso previo por escrito de los titulares del *copyright*.

Los cuadernos de Nadine

Para quienes viven a contracorriente

*What passing-bells for these who die as cattle?
—Only the monstrous anger of the guns.
Only the stuttering rifles' rapid rattle
Can patter out their hasty orisons.*

ANTHEM FOR DOOMED YOUTH, WILFRED OWEN

[¿Doblarán las campanas a muerto para estos que caen como el ganado?
Solo el descomunal enojo de los cañones.
Solo el estampido solitario de los rifles tartamudos
Podrá mascullar sus apresuradas oraciones.

HIMNO PARA UNA JUVENTUD MALOGRADA, traducción de Isabel Lacruz
en *Los tambores del tiempo*, Ed. Funambulista, 2016]

*Lo esencial es observar siempre los acontecimientos
desde el punto de vista de la paz.*

JEAN JAURÈS

PRIMERA PARTE

*En mi soledad
he visto cosas muy claras
que no son verdad.*

ANTONIO MACHADO

EL DÍA EN QUE CONOCIÓ a su madre, a Raoul le faltaban dos meses para cumplir los once años, y el lúgubre pabellón de mujeres del sanatorio para enfermos mentales de Châlons-sur-Marne donde se sentaron y sostuvieron su primera conversación, por llamarla de alguna manera, estaba decorado con banderas francesas, pues era un 14 de julio. Siempre recordaría los lazos tricolores colgados en la pared, detrás de la silla que ella ocupó, enmarcándole la cabeza despeinada y el rostro chupado y ausente. Aquel día de 1896 ocurrió algo más, pero de esto Raoul no guardaría memoria alguna: oyó nombrar por primera vez al hombre a quien, con el correr del tiempo, él iba a matar.

La semana anterior su padre había soltado la bomba al final de una cena silenciosa.

—Raoul, me parece que ya va siendo hora de que me acompañes en una de mis visitas a Châlons. He pensado que podríamos ir el próximo martes, aprovechando que es festivo.

Él notó una sacudida en las tripas. Miró a Marcel en busca de auxilio, y viendo que su hermano mayor seguía mordiendo una manzana con parsimonia, sin mostrar la menor sombra de sorpresa, comprendió que este ya sabía de antemano lo que el padre iba a decir aquella noche. Seguramente lo habían pasateado entre los dos, o papá se lo había consultado, y Marcel, siempre tan parco en palabras, había asentido con un escueto «me parece muy bien», pensando que así él se ahorraría el viaje y el mal trago.

—De acuerdo, padre, como tú digas.

—A ella le gustará verte, después de tanto tiempo.

Raoul no recordaba a su madre. Apenas tenía dos años cuando la habían internado, y ahora el inesperado anuncio lo sumió en un estado de inquietud que fue incapaz de disimular. Desde la noche en que supo que por fin había llegado la hora tan temida, y hasta el día señalado, cada vez que durmió vivió la misma pesadilla: caminaba por un pasillo sucio y mal iluminado, de techo altísimo y paredes revestidas con pequeñas baldosas blancas, al fondo del cual una mujer lo esperaba rodeada de penumbra. Iba enfundada en una bata verdosa con muchos botones, y, a medida que él se le acercaba, la mujer empezaba a reír con una risa silvestre, de

borracha, y él quería aminorar el paso y retrasar el instante de encontrarse cara a cara con la loca, pero detrás de él un enfermero lo empujaba, le pegaba los labios al oído y le decía: «No te detengas, ¿acaso no quieres abrazar a tu madre?», y el chico se despertaba a punto de gritar, tiritando y con el corazón desbocado.

Llegó el 14, cada municipio de Francia se engalanó para presenciar los desfiles y escuchar los discursos de la conmemoración de la toma de la Bastilla, y Raoul y su padre se montaron en una berlina y emprendieron la marcha desde Reims a Châlons-sur-Marne. Un sol potente, desacomplejado, se derramaba con generosidad sobre campos y colinas, calentando el techo del vehículo y convirtiendo la pequeña cabina en un horno. El muchacho, consumido por el ansia, ni notó el calor. A última hora de la mañana avistaron la larga fila de chopos que marcaba el curso del Marne y, al cabo de unos minutos, los tejados más altos de Châlons y la torre de la catedral, pero, en vez de avanzar hacia el núcleo urbano, el cochero se desvió hacia el sur. Raoul se dejó engañar con gusto por la esperanza absurda de que, a última hora, la visita se suspendiera. Su padre le leyó el pensamiento en la mirada.

—No vamos al pueblo. De regreso, podemos entrar, si quieres, así conocerás el centro, y hasta podríamos sentarnos a tomar un chocolate en uno de los cafés de la plaza de la

República para celebrar el día patrio. Pero el sanatorio queda un poco más lejos, ya lo verás.

Y enseguida lo vieron, a través de la ventana de la berlina: encaramado en la cima de la colina que ya habían empezado a escalar, rodeado de castaños, se distinguía un conjunto de edificaciones grises, un complejo arquitectónico sin gracia que a primera vista podía confundirse con uno de tantos castillos de la campiña o con un convento. Después, a medida que uno se acercaba, se daba cuenta de que no tenía ni almenas ni campanario ni cruces, y, al rebasar una última cuesta, ya se encontraba con el alto muro carcelario de ladrillo rojo cubierto de hiedras y madreselvas y, al final del camino, la puerta rejada en cuyo pilar izquierdo un letrero aclaraba: «Asilo de Châlons-sur-Marne. Institución Mental». A mediados de siglo, cuando el Dr. Giraud, su fundador, lo regentaba con mimo, el sanatorio pudo jactarse de ser una de las mejores instituciones de su clase del país, y hasta recibió un elogio sincero por parte del puntilloso psiquiatra inglés John Webster cuando este lo visitó en 1852. Cuatro décadas más tarde, el lugar había perdido su lustre: la desgana con la que el hijo de Giraud lo gestionaba, pensando más en su bolsillo que en el progreso de la ciencia psiquiátrica o en el bienestar de sus pacientes, lo mantenía en franca decadencia. El portón principal estaba oxidado y enmohecido, los jardines, descuidados, con arbustos que pedían una buena poda a

gritos y entorpecían con su crecimiento desbocado el paso a varios senderos; a la fachada del edificio no le habría venido mal una lavada, un par de ventanas presentaban vidrios rotos y, dentro, en los dormitorios y baños de los internos, la limpieza que en su día Webster había alabado era un recuerdo huidizo, sin relación con el presente. Además, la avidez de ganancias había impulsado a su director a aceptar a más enfermos de los que podía acoger, y en algunos pabellones se empezaba a respirar un innegable aire de establo.

Tan pronto como bajaron de la berlina, se les acercó a grandes zancadas un hombre espigado, vestido con elegancia, pero en zapatillas, que sin ahorrar aspavientos les pidió noticias acerca del desarrollo de la guerra. Lo que más le interesaba, aclaró, era saber si el emperador estaba bien de salud y de ánimo, y cuál iba a ser su próximo movimiento para sorprender y derrotar de una vez por todas a las potencias reaccionarias, esas cobardes y retrógradas enemigas de la Revolución. Raoul miró horrorizado a su padre, quien sonrió al lunático sin responderle, y enfilaron la escalinata hacia la puerta principal.

Quince minutos más tarde, después de recorrer un pasillo no muy diferente del que el niño había visto en sus sueños, cruzar un gran comedor desierto que olía a coliflor y a lejía y esperar un rato en el salón principal del pabellón de mujeres, adornado con motivos patrióticos, por fin llegó el

gran momento. La paciente vino acompañada por un enfermero malhumorado, que la hizo sentar frente a ellos dos y se fue sin apenas saludarles. Raoul, impávido, contempló a la mujer y tuvo la certeza de que el enfermero se había equivocado. Aquella anciana no podía ser su madre. Se estaba preguntando por qué su padre no se quejaba del error cuando vio cómo la saludaba con una sonrisa triste, desde su silla, sin acercársele ni hacer el menor gesto para tocarla.

—Buenas tardes, Marie-Adèle.

Ella giró el cuello a derecha e izquierda, no dijo nada y se puso varios dedos en la boca. Daba la impresión de que sus ojos, de párpados enrojecidos y abultados, no estaban viendo ni aquella sala desangelada, ni los lazos y las banderas que colgaban de sus paredes, ni al hombre y al niño que tenía delante.

—Mira quién ha venido a verte, Marie-Adèle. ¿Sabes quién es?

Raoul tragó saliva. La mujer se mordía las uñas de la mano derecha, con la izquierda se acarició el cabello desgredado que le caía sin elegancia a ambos lados de la cara, blanca como la cera, y al fin se sacó los dedos de la boca para emitir un sonido vocal, alargado, una «e», o tal vez una «o», afónica y cavernosa, con la que contestó a la pregunta de su esposo. Ahora lo estaba mirando. A él, al muchacho.

—Es Raoul —seguía, paciente, el padre—. Mira qué hombrecito está hecho. En septiembre cumplirá los once.

Marie-Adèle se pasó la lengua por los labios, casi tan blancos como el resto de su rostro, y por un momento pareció que su mirada aturdida cobraba vivacidad y se concentraba en ellos dos.

—Dile algo a tu madre, anda.

A Raoul le sudaban las manos y sentía una punzante presión en el pecho.

—Hola, mamá.

Silencio.

—Me alegro mucho de... conocerte.

Y ella le sonrió sin dulzura, volvió a soltar aquella vocal ronca y, luego, como si le hubiese adivinado los sueños, empezó a reír. Primero, despacio y calladamente, después, cada vez con más fuerza, hasta estallar en una carcajada nerviosa que rebotó con violencia en los muros de color verde manzana de la sala y heló la sangre de su esposo y de su hijo. Los ojos se le habían llenado de lágrimas, y ahora movía el cuerpo hacia adelante y hacia atrás, como si estuviese en una mecedora, al ritmo de sus risotadas de bruja. Se abrió una puerta en el fondo de la sala y se les acercó un hombre canoso, de enormes cejas rubias y ojos azules, trajeado, con un llamativo pañuelo de seda escarlata en el cuello. Al llegar donde estaban, puso las manos sobre los hombros de la paciente y le susurró, en un tono a la vez cordial y autoritario, y con acento extranjero:

—Adèle, ya está bien, basta de drama. Tranquilízate, mujer.

Ella, temerosa de aquella voz y de aquellas manos, obedeció al instante. Dejó de reír, dejó de llorar y se volvió a meter varios dedos en la boca, y ahora miraba el suelo avergonzada. El padre de Raoul se había levantado para saludar al recién llegado.

—Doctor Kleiber, qué bueno verlo, como siempre.

—Lo mismo digo, Gustave. Y este debe ser tu pequeño, el hermano de Marcel.

—Raoul, saluda al doctor. Es una eminencia, y lleva el caso de mamá desde hace varios años.

Kleiber negó el cumplido meneando la cabeza, mientras tendía la mano al chico, una mano firme, como de boxeador, y el niño se la estrechó y le entraron unas ganas desmedidas de salir corriendo a encerrarse en la berlina que los esperaba afuera.

—Despídanse, por favor, de ella y vayamos a mi oficina —sugirió el médico.

El padre dio un beso fugaz a la enferma e indicó a Raoul que hiciera lo mismo. El chico se acercó con dudas a la pálida anciana y, cuando le puso los labios en la mejilla, ella lo abrazó con una fuerza que él no le había sospechado. Lo apretó tres o cuatro segundos contra el pecho y, cuando lo soltó, lo contempló con una mirada nueva, limpia de

brumas, y dijo, pronunciando cada palabra con perfecta claridad:

—Perdóname, Raoul. No quise hacerte daño.

A *Monsieur Villain* se le eclipsaron los colores, el doctor Kleiber abrió unos ojos como platos y Raoul se los quedó mirando a los dos, esperando unas instrucciones que no llegaron.

—Marie-Adèle, ¿qué dijiste? —preguntó el médico, recuperándose antes que los demás de su sorpresa.

Pero ya no quedaba en la mujer ningún rastro de aquel relámpago de lucidez: su expresión se había vuelto a empañar con el velo de la demencia, y ella ya había partido tras los pasos de algún delirio sombrío. Dejó escapar algo parecido a un estornudo e, ignorando a los visitantes, reanudó la ofensiva contra sus castigadas uñas.

—Vamos —ordenó Kleiber.

Y se alejaron de Marie-Adèle, que ya no volvió a mirarlos. Antes de abandonar el salón, Raoul se giró una última vez: la enferma jugaba nerviosamente con los dedos, metiéndoselos uno a uno en la boca, y, de vez en cuando, lanzaba ojeadas curiosas hacia los lazos tricolores que colgaban de los muros, como si los acabase de descubrir.

En la oficina del psiquiatra, un amplio despacho con paredes forradas hasta el techo de estanterías repletas de libros y grandes ventanales que daban al patio interior del

edificio, Kleiber dio rienda suelta a su entusiasmo. Sin prestar atención a la expresión apesadumbrada e inquieta de Villain, y mucho menos a la confusión del niño, hablaba a borbotones, exaltado:

—¿Lo ve, Gustave? ¿Ve lo que tantas veces le he dicho? ¡Es magnífico! Su esposa, a pesar de su estado, es capaz de recordar eventos, sintonizar con el entorno y hasta, por decirlo así, simpatizar con los demás. ¿No oyó lo que le dijo al chico? ¡Y con qué claridad! ¡Lo que acabamos de experimentar ha sido extraordinario! ¡Ex-tra-or-di-na-rio! —Cada sílaba, un triunfo—. ¡Un gran progreso, sin duda, un progreso fabuloso!

Raoul, perdido:

—Papá, ¿por qué me dijo que la perdonara? ¿A qué se refería con eso de que no quiso hacerme daño?

Su padre, que se pasaba una y otra vez la mano por la nuca como si le picara el cogote, no despegó los labios, y Kleiber lo escudriñó con asombro.

—Gustave, no me dirá que el chaval no sabe nada.

El interpelado negó con la cabeza. Kleiber resolló, se dejó caer en la poltrona de cuero, detrás de su escritorio, les indicó a los dos que ocuparan las butacas de las visitas y, mirando alternativamente al padre y al hijo, sugirió, dirigiéndose al primero:

—Pues tal vez ha llegado la hora, ¿no le parece?

Gustave asintió, se rascó la coronilla y, ya decidido, fijó los ojos en su hijo, que no estaba seguro de querer oír su explicación.

—Mira, Raoul..., lo que pasa es que a tu madre tuvimos que traerla acá porque, un día, hubo un incidente. Un incidente muy grave. Contigo.

Marie-Adèle, por supuesto, no había sido siempre así. De hecho, aunque costase esfuerzo creerlo, hubo un tiempo en que fue una muchacha vivaracha y despierta, simpática, ingeniosa, ocurrente y vital. A Villain, los adjetivos para describir a la mujer de la que se había enamorado le nacían untados de amargura.

—Cuando nació tu hermano, todavía era, en gran medida, esa joven sagaz y segura de sí misma que te cuento. Después, poco a poco, empezó a cambiar.

Le contó que su progenitora había acumulado manías, perdido el buen humor, se irritaba por memeces, y quienes la rodeaban eran testigos de lo que él llamó su hundimiento, porque fue como un barco que hace aguas y, por mucho que su tripulación trata de salvarlo, termina naufragando. Se sumergió en un ensimismamiento terco y agresivo, del que nadie podía rescatarla.

—Todo eso se aceleró después de que tú nacieras. Yo pensé que tal vez un nuevo bebé nos la devolvería, que contigo en brazos aprendería a ser la de antes, pero me equivoqué.

El mal ya la comía por dentro, y ni tú ni otros diez hijos habrían podido evitar su deterioro, su ruina, el desastre.

Una pausa, para ordenar las ideas y encontrar el mejor modo de continuar.

—Y entonces, una tarde de otoño, cuando tú tenías dos años recién cumplidos, te caíste de la cuna. En casa solo estaban tu madre y Paulette, la muchacha que teníamos en aquel tiempo, que en ese momento andaba por la cocina. Parece que empezaste a llorar desconsoladamente. Tu madre se te acercó y te cogió en brazos, pero, en vez de acariciarte, tranquilizarte y volverte a acostar...

Otra pausa.

—Te tiró por la ventana abierta.

Raoul palideció.

—No te pasó nada. Dios quiso que cayeras sobre los setos del jardín y quedaras enredado entre sus ramitas. Apenas cuatro rasguños, un verdadero milagro. Un vecino que pasaba por la calle lo vio todo, corrió a recogerte, llamó a la puerta, Paulette le abrió. Tú berreabas como un energúmeno.

El chico escuchaba sin pestañear.

Le explicó que la cocinera lo había subido al cuarto de su madre y que la había encontrado sentada en el balancín, meciéndose y mirando el cielo carmesí del atardecer con una sonrisa rara en los labios. Sin girarse ni apenas levantar la voz

le había asegurado a Paulette que, si no hacía callar de inmediato al pequeño, volvería a arrojarlo por la ventana.

—«Las veces que haga falta, hasta que deje de chillar como una rata malherida», parece que dijo.

Gustave se detuvo otro instante, miró a su hijo para tratar de adivinar qué efecto le estaba produciendo el relato, y concluyó:

—Dos días después la trajimos para acá.

Kleiber los acompañó hasta la berlina. Al pie de la escalinata de piedra que bajaba hacia el portón principal, un paciente muy calvo y achaparrado gesticulaba y arengaba a los arbustos y descuidados rosales pronunciando un discurso fogoso. El médico, señalándolo, le dijo al padre de Raoul:

—Mire, aquí tenemos de todo. Este desdichado ha llegado hace poco. Se llama Emmanuel; buen chico, inofensivo, pero bastante singular. Está loco por la política, usted me perdonará la expresión. Devora con auténtico placer cuanta crónica periodística encuentra sobre los debates del Parlamento, y, después, sale aquí afuera y representa los discursos que más le han impresionado. Es un fenómeno. Sabe remedar con una precisión insólita los estilos de nuestros mejores oradores. Le aseguro que, si se plantara en el centro de Châlons o de Reims y soltara sus peroratas, más

de uno pensaría que en verdad es un diputado buscando la reelección, y sospecho que hasta cosecharía un buen número de votos —y el psiquiatra se rio de su ocurrencia.

El calvo seguía sermoneando en el jardín, y Kleiber, levantando la voz, lo llamó:

—¡Buenas tardes, Emmanuel! ¿Cómo estás?

El otro se dio la vuelta y sonrió con un punto de servilismo nervioso.

—Estoy bien, doctor, muchas gracias, estoy bien, bien de bien.

—¿Hoy quién eres?

El hombre cruzó las manos sobre el pecho y, haciendo una leve reverencia hacia ellos tres, como si fuese un actor cuando cae el telón, aseguró:

— Jaurès. Jean Jaurès, representante socialista del Tarn, para servirles. Una de las voces emergentes más cultas, respetadas y audaces de nuestro Parlamento.

Raoul lo miró con tristeza. Era la primera vez que oía el nombre de aquel a quien llegaría a odiar con toda su alma.

Regresaron a Reims en silencio. Ni el hijo ni el padre se acordaron de la promesa de Gustave de entrar en Châlons para disfrutar juntos de un chocolate patriótico en un café del centro.